

Lo que mayor impulso daba al judaísmo hacia el inmenso trabajo de renovación de la Biblia de que acabamos de hablar, era el progreso de las creencias mesiánicas, que seguía diariamente con una actividad asombrosa. Apenas era visible aquella actividad. La gloria oficial, la moda, si puede expresarse así, correspondía a las disputas de la Ley. Los mesianistas eran soñadores desconocidos. Los doctores les despreciaban, o mejor dicho, no los conocían, pero el porvenir les pertenecía. La obra por la que trabajaban era la obra de Israel.

De todos los opúsculos atribuidos a Henoch, y que por su aglomeración forman el libro llamado de Henoch en la actualidad, hay dos que pueden corresponder al tiempo de Herodes o de la juventud de Jesús. Recuerdan, por lo menos, algunos de los discursos que se atribuyen a Jesús, sobre el fin de los tiempos y contra las cosas oficiales. Especialmente lo que se llama las Similitudes o Parábolas, ofrece en sus términos gran similitud con los Evangelios. El «Hijo del Hombre», expresión tomada del libro de Daniel, designa al Mesías. Probablemente el empleo de esta expresión fuera anterior a Jesús y éste la usó leyendo la parte del libro de Henoch, en que se encuentra por primera vez.

Piensa el pseudo-Henoch, como todos los mesianistas, que el «Hijo del Hombre» es ante todo un juez que pondrá fin a la deplorable promiscuidad en que viven en el mundo el bien y el mal. La necesidad de un juez era la primera que experimentaba toda conciencia moral en aquella triste época. El Mesías de Henoch es el destructor de los reinos paganos, de aquellos reinos que cubren la tierra y la destrozan. Fundaron el reino de los elegidos, que será naturalmente el reino de la justicia y que se parece al ideal de los esenios. Será, por lo menos, un reino democrático, sin lujo, sin hombres que ejerzan sobre sus semejantes un dominio cualquiera. El advenimiento de aquel reinado nuevo será el exterminio de los poderosos, de los gozadores. El juicio de Dios será el terror de los ricos. Las últimas crisis serán lo más horrorosas que pueden imaginarse; correrá la sangre como las aguas de un río y la matanza no se interrumpirá desde la salida hasta la puesta del sol. Henoch afirma haber visto en el cielo la solución del problema de ultratumba, dudoso aún para muchos, y afirma que la dicha, la alegría y la gloria esperan a quienes mueran en la justicia y la santidad, que recibirán entonces la recompensa de sus trabajos, disfrutando mayor suma de felicidades que males padecieron en la tierra.

Es ocioso demostrar cuánto se parecen tales declamaciones a los discursos evangélicos expresados en términos violentos, y principalmente al gran Apocalipsis, que todos los Sinópticos ponen en labios de Jesús pocos días antes de su muerte. Jesús había hablado, indudablemente, a

Henoch, y muchos relatos que se le atribuyen presentan grandes analogías con los de aquel autor. Al grupo literario formado por Henoch hay que añadir, pues, los Evangelios Sinópticos, o el Apocalipsis llamado de Juan. Autores y lectores de tales libros pertenecían a la misma familia intelectual y moral, y han fundado el cristianismo. La nación, agotada militarmente, pero segura de su derecho, invocaba a Dios, no pudiendo acudir a las armas. De ahí aquellas declamaciones furiosas, aquella rabia, aquellos rugidos.

La oposición contra las clases oficiales, especialmente el sacerdocio, se traduce todavía con mayor viveza en el Apocalipsis, que un desconocido de tiempo de Arquelao atribuye a Moisés. Sintiendo próximo a morir Moisés, llama aparte a Josué, le nombra sucesor suyo y le entrega profecías, sobre las cuales le exige el más absoluto secreto. Como todos los apocalipsis, es éste una historia universal que se desenvuelve en supuestas revelaciones. Parece que el autor rechaza todo el culto del segundo templo como ilegal y radicalmente viciado por la dominación extranjera.

Antecederá al reinado de la justicia una orgía de malvados, que devorarán los bienes de los pobres, diciendo que lo hacen por piedad, administrando justicia según la riqueza de los demandantes y los regalos que reciban. Alude eso indudablemente a la sociedad oficial del tiempo del autor, igual a la que vio Jesús, y que éste juzgó casi tan severamente como el visionario anónimo.

Un castigo horrible caerá sobre tal sociedad. Un nuevo Antíoco Epifanio querrá suprimir el judaísmo y obligará a los judíos a cargar con ídolos y a renegar de Dios. Pero un nuevo Macabeo salvará la verdad. Un ejército de santos preferirá morir a renunciar a la fe. Entonces aparecerá el reino de Dios. Acabará el diablo, y la tristeza desaparecerá con él. El ángel Miguel vengará a Israel, temblarán las montañas, se hundirán las colinas, se cegarán los valles, se oscurecerá el sol, se extraviarán en su camino las estrellas, se secarán el mar y los ríos, porque el Eterno viene a juzgar a los pueblos y a los ídolos.

El sentimiento dominante en la Asunción de Moisés se parece mucho al de Jesús. Los dos rasgos característicos de éste, la creencia en el fin próximo y el odio al sacerdocio, se encuentran en aquel libro. Todo ello se escribía durante la adolescencia de Jesús, que debió de leer este libro singular, del cual sólo nos quedan retazos. De todos modos, un miembro de su familia, o por lo menos de sus discípulos inmediatos, Judas, «hermano del Señor», se sirvió de aquel libro.

La expresión de Reino de Dios o Reino del Cielo (palabras absolutamente sinónimas) no suele verse antes de Jesús, pero la idea estaba en el fondo de todas las teorías mesiánicas. Cuando los reyes de la tierra son tan malos como Herodes, por ejemplo, sólo se ve un remedio para las cosas de este mundo, y es que reine Dios.

Es muy honroso para el judeo-cristianismo haber dado una voz al pobre, haber expresado en términos duros, pero elocuentes, la protesta socialista contra los malos ricos y las injusticias de la gente mundana. Las religiones que se toman por lo serio, como el judaísmo, acaban siempre en movimientos sociales, porque el pobre hombre santo, sintiéndose

amado por Dios, se considera como un aristócrata, no puede admitir que el mundo esté organizado sólo para beneficio de los pecadores, y por una serie de ideas lógicas se convierte en demagogo. La familia religiosa agrupada alrededor de Jesús tenía ya sus rasgos característicos cerca de cincuenta años antes de Jesús.

La mitología del Mesías estaba totalmente determinada. Elías, Jeremías y Moisés fueron sus precursores y asesores. Juan Bautista encontrará el terreno preparado. Jesús se apoderará de él. *Proles sine matre creata* es una imposibilidad, y no puede aplicarse al cristianismo. La causa remota del cristianismo son los antiguos profetas de Israel. La causa empieza en el movimiento escatológico que desde el libro de Daniel tanto agitó al espíritu judío. La causa más próxima es la escuela mesiánica de Henoch y la Asunción de Moisés. La causa inmediata es Juan Bautista.